



Francisco Ugarte
El arte de la amistad

RIALP

EL ARTE DE LA AMISTAD
FRANCISCO UGARTE
CORCUERA

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. El valor de la amistad](#)

[La amistad aumenta la alegría y mitiga las penas](#)

[La amistad evita la soledad](#)

[La amistad transforma los sentimientos negativos](#)

[La amistad protege y es apoyo en las dificultades](#)

[La amistad es desinteresada y acompaña hasta la muerte](#)

[La amistad favorece e incrementa la felicidad](#)

[La amistad conduce a la unión con Dios](#)

[Capítulo 2. Afinidad afectiva](#)

[Encuentro inicial](#)

[Compañerismo](#)

[Afinidad subjetiva y objetiva](#)

[Simpatía](#)

[Comunicación de sentimientos y convivencia](#)

[La fuerza del afecto](#)

[Debilidad de la afinidad subjetiva](#)

[Capítulo 3. Comprensión de los amigos](#)

[Ponerse en el lugar del otro](#)

[La empatía](#)

[Comprensión intelectual](#)

[El amor, fundamento de la comprensión](#)

[Escuchar para comprender](#)

[Inspirar confianza](#)

[Ser comprendido](#)

[Capítulo 4. Intereses comunes](#)

[Diversidad y complementariedad](#)

[Debilidad de la afinidad objetiva](#)

[Cantidad y calidad de los intereses](#)

[Capítulo 5. El interés por el amigo](#)

[Intervención de la voluntad](#)

[Influencia de la elección de la persona sobre los intereses comunes](#)

[Influencia de la elección de la persona sobre la afinidad afectiva](#)

[Reciprocidad y número de amigos](#)

[El mayor bien para el amigo](#)

[Recapitulación](#)

[Conclusión](#)

[Bibliografía citada](#)

[Créditos](#)

INTRODUCCIÓN

¿Cuántos amigos reales tiene ordinariamente una persona? No «amigos» como meros «conocidos», sino lo que suele entenderse con la expresión «amigos-amigos». Tal vez al intentar contestar esta pregunta, cada uno piense primero en su situación personal: ¿cuántos auténticos amigos tengo? En muchos casos la respuesta puede ser alarmante, sobre todo si comprendemos la importancia y la necesidad de la amistad en la propia vida. Quien carece de verdaderos amigos se encuentra tremendamente limitado en muchos órdenes de su existencia, porque todos necesitamos de ellos para complementarnos: en lo material y en lo espiritual, en lo intelectual y en lo afectivo, en el trabajo y en el descanso. Sin amigos lo que se experimenta es soledad, inseguridad, aburrimiento. Mientras que tener amigos es uno de los tesoros más grandes con que se puede contar.

La siguiente pregunta que cabe hacerse es ¿por qué la mayoría de la gente, que ordinariamente está en contacto con gran cantidad personas y por diferentes motivos, no suele tener amigos?, ¿conseguir una amistad auténtica es algo fácil o difícil? La respuesta presenta una aparente paradoja, ya que al resultar la amistad algo tan natural, parecería que cualquiera podría conquistarla, pero la experiencia suele decir lo contrario. Esto lleva a concluir que la verdadera amistad es difícil de cimentar —Plutarco pensaba que «el amigo fiel es raro y difícil de encontrar»^[1]— y los motivos pueden ser muy variados: un temperamento carente de empatía, la desconfianza en los demás, el individualismo egoísta, el activismo y la falta de tiempo, la superficialidad en las relaciones humanas, la falta de apertura ante las ideas o costumbres de los otros, etc. También puede ocurrir que no se entienda en qué consiste la auténtica amistad y, en consecuencia, no se sepa cómo llevarla a la práctica. Por eso resulta muy oportuno comenzar por resolver esta última dificultad, ya que si se adquiere una idea clara de lo que la amistad es, se podrán solucionar con mayor facilidad las demás dificultades, porque se sabrá qué camino seguir, qué obstáculos superar, para hacer verdaderos amigos.

En el presente ensayo, después de destacar el valor de la amistad, mediante algunas citas de autores de todos los tiempos, se llevará a cabo un análisis que permita entender qué es la amistad, en función de los factores o elementos que la constituyen. Si partimos de la base de que la amistad es una relación interpersonal afectiva, entre dos o más personas, que se comprenden, comparten intereses y se ayudan recíprocamente de forma incondicional, se entenderá que el orden de los capítulos sea el siguiente. Primero, *El valor de la amistad*; segundo, *La afinidad afectiva*, que consiste en la comunicación de sentimientos y que es necesaria para la identificación subjetiva entre las personas; tercero, *La comprensión de los amigos*, es decir, el conocimiento mutuo, apoyado por el

afecto; cuarto, *Los intereses comunes*, que constituyen el contenido objetivo de la amistad, ya que sin ellos la relación estaría vacía; quinto, y a un nivel más profundo, *El interés por el amigo*, que equivale al amor efectivo, y que se traduce en un auténtico afán porque el otro alcance el bien que le conviene, esto es, su verdadera felicidad.

[1] Plutarco, *Moralia*, *De amicorum multitudine*, 97b.

CAPÍTULO 1

EL VALOR DE LA AMISTAD

El acuerdo sobre el valor de la amistad —en sí misma y para la vida de cualquier persona— parece ser unánime. Todo el mundo coincide en que se trata de algo importante, cuyos beneficios suelen ser abundantes. El valor de la amistad no requiere ser demostrado porque se impone de manera evidente, sea debido a que se tenga la experiencia de lo que los amigos representan, o bien porque se experimente la necesidad de ellos, cuando no se tienen. En este segundo caso, no hay comprensión directa de la amistad, pero se puede valorar por el vacío que su ausencia produce.

Sobre el valor de la amistad se han dicho cosas sublimes a lo largo de la historia, que expresan ese convencimiento general de cuán necesario es, para la vida humana, contar con amigos. El libro del Eclesiástico afirma que quien encuentra un amigo *halla un tesoro, pues el amigo fiel no tiene precio*[2]; es significativa la comparación del amigo con un tesoro de valor incalculable, pues ciertamente lo que un amigo proporciona es algo de mucha mayor valía que cualquier objeto material, incluido el dinero. Y algunos autores han manifestado cuánto aprecian la amistad, al considerarla no solo uno de los bienes más altos, sino el mayor de todos. Aristóteles advierte que *un amigo nos parece el más precioso de los bienes de la vida*[3]. Cicerón, refiriéndose a la amistad, se expresa así: *con la excepción de la sabiduría, creo que nada mejor le ha sido dado al hombre por los dioses inmortales*[4]. Lope de Vega anota: *Yo dije siempre, y lo diré y lo digo, que es la amistad el bien mayor humano*[5]. Ortega y Gasset sostiene que *una amistad delicadamente cincelada, cuidada como se cuida una obra de arte, es la cima del universo*[6].

También es interesante destacar que lo valioso de la amistad es reconocido espontáneamente por personas de todas las edades, incluidos los niños, como lo demuestra la siguiente experiencia. Se trata de una encuesta que alcanzó gran celebridad en su día, organizada por el departamento de Psicología de la Universidad de Lovaina (Bélgica). A un grupo de niños menores de doce años les entregaron tres cartones donde se describían tres formas distintas de celebrar la fiesta de cumpleaños. En el primero aparecía únicamente el niño, solo, rodeado de innumerables regalos; en el segundo, el niño estaba sentado a la mesa con sus padres y, sobre la mesa, un gran paquete que contenía un regalo; en el tercero no había ningún regalo, pero el niño estaba acompañado de mucha gente, todos sus familiares y gran cantidad de amigos. La pregunta era bien

simple: ¿de cuál de estas tres maneras prefieres celebrar tu cumpleaños? La respuesta fue la siguiente: los dos primeros cuadros apenas sumaron un 15 por ciento de adhesiones, mientras que los votos obtenidos por el tercero superaron ampliamente el 70 por ciento. La encuesta se ha repetido luego muchas veces y en lugares muy diversos, y los resultados han sido siempre los mismos[7].

¿A qué se debe este reconocimiento generalizado de la amistad? ¿En qué radica su valor? Sin ánimo de agotar los motivos por los cuales la amistad es un bien tan grande, se señalan a continuación algunos de ellos, con el testimonio de diversos autores.

LA AMISTAD AUMENTA LA ALEGRÍA Y MITIGA LAS PENAS

Cuando alguien se encuentra contento por algún suceso favorable que ha ocurrido en su vida o por cualquier bien que ha recibido, tiende a compartirlo con las personas que quiere y, cuando lo hace, nota cómo aquella alegría se intensifica en su interior. Cuando la alegría se participa a otros, no solo no se pierde —como puede ocurrir con las cosas materiales—, sino que se incrementa. Y, paralelamente, con las penas ocurre lo contrario: al compartirlas con los amigos, disminuye su efecto depresivo; se experimenta alivio porque ya no las lleva uno solo. Por eso, Francis Bacon dice que la amistad *aumenta los goces y divide los pesares*[8]. Santiago Ramón y Cajal destaca que *la jovialidad de los amigos constituye el mejor antídoto contra los desengaños del mundo y las fatigas del trabajo. Invirtiendo el viejo refrán, deberíamos decir: «Quien bien te quiera, te hará reír»*[9]. Y Felipe Jacinto Salas expresa en términos poéticos el beneficio de compartir las penas con el amigo: *Brumosa y triste se siente el alma / mientras la oprimen secretos duelos; / si al fiel amigo los comunica, / se alivia el peso de su tormento*[10].

LA AMISTAD EVITA LA SOLEDAD

Hay quienes se encuentran habitualmente rodeados de mucha gente y, a pesar de ello, se sienten solos, por su carencia de relaciones de amistad. Esto quiere decir que el problema de la soledad no depende tanto de la distancia física de las personas, sino de la falta de vinculación interior con ellas. Y esto ocurre cuando no existe amistad con las personas con quienes se convive, con el consiguiente sufrimiento que esto trae consigo. Por eso dice Aristóteles que *lo más terrible es la falta de amigos y la soledad, porque ni la vida entera ni las uniones voluntarias son posibles sin amigos*[11]. Y Francis Bacon subraya con fuerza que *no hay soledad más triste que la de un hombre sin amigos, sin los cuales el mundo es un desierto: quien sea incapaz de sentir amistad, tiene más de bestia que de hombre*[12]. En cambio, la relación de amistad lleva a ser uno con el amigo, lo cual exige estar cerca de él y evitar que experimente la soledad, porque, como afirma santo Tomás, *cuando uno tiene amistad con alguien, quiere el bien para quien*

ama como lo quiere para sí mismo, y de ahí ese sentir al amigo como otro yo[\[13\]](#).

LA AMISTAD TRANSFORMA LOS SENTIMIENTOS NEGATIVOS

Cuando la amistad es real, la percepción del amigo y de todo lo que a él se refiere se torna sorprendentemente positiva, por el afecto que se le tiene. Cualquier motivo de conflicto se convierte en ocasión de unión; lo que en otros casos produciría el amargo efecto de la envidia, se torna en fuente de alegría, porque el bien del amigo se considera como propio. Así se lee respecto a san Gregorio Nacianceno y a san Basilio Magno, dos grandes amigos del siglo cuarto, según testimonio del primero: *Nos movía un mismo deseo de saber, actitud que suele ocasionar profundas envidias, y, sin embargo, carecíamos de envidia; en cambio, teníamos en gran aprecio la emulación. Contendíamos entre nosotros, no para ver quién era el primero, sino para averiguar quién cedía al otro la primacía; cada uno de nosotros consideraba la gloria del otro como propia*[\[14\]](#). Esto es lo maravilloso de la auténtica amistad: cada uno experimenta un gozo sincero ante los triunfos del amigo y ante todo lo que constituya su bien, lo cual no suele ocurrir cuando la amistad no es verdadera. Por eso Oscar Wilde afirma con agudeza que *cualquiera puede simpatizar con los sufrimientos de un amigo, pero se requiere ser muy fino para simpatizar con su éxito*[\[15\]](#).

LA AMISTAD PROTEGE Y ES APOYO EN LAS DIFICULTADES

Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro[\[16\]](#), asegura el autor sagrado, porque si el amigo es realmente fiel, su apoyo es siempre incondicional; sabe estar con el amigo en todas las circunstancias, en las buenas y en las malas. *Lo difícil no es estar con los amigos cuando tienen razón, sino cuando están equivocados*[\[17\]](#), considera André Malraux. Y Marlene Dietrich ilustra con acierto la incondicionalidad de la verdadera amistad: *Son los amigos a los que puedes despertar a las cuatro de la madrugada los que cuentan*[\[18\]](#).

El amigo auténtico da prioridad al amigo sobre su propia persona, está dispuesto a dejar a un lado sus gustos e intereses si así lo requieren las necesidades del amigo. Esto se manifiesta especialmente en las situaciones difíciles que le exigen renunciar a sí mismo, correr riesgos, o cuanto haga falta, para apoyar al otro. También es en esas circunstancias adversas cuando se descubre una falsa amistad, como lo expresa gráficamente la siguiente fábula de Esopo: *Dos amigos iban por el mismo camino. De repente, apareció un oso. Uno de ellos se subió precipitadamente a un árbol y allí se escondió. El otro, a punto de ser atrapado, se dejó caer en el suelo y se hizo el muerto. El oso le arrió el hocico y le olfateaba, mientras él contenía la respiración, porque dicen que el oso no toca un cadáver. Cuando se marchó, el del árbol le preguntó qué le había dicho el oso al oído; este respondió: «No viajar en adelante en compañía de*

amigos semejantes, que no permanecen al lado de uno en los peligros»[\[19\]](#).

LA AMISTAD ES DESINTERESADA Y ACOMPAÑA HASTA LA MUERTE

El desinterés en la amistad se refiere al de uno mismo, a poner en segundo plano los propios intereses para que prevalezcan los del amigo; y es a su vez condición para que el interés por el amigo sea total y no tenga límites, aun cuando se trate de arriesgar la propia vida. El siguiente diálogo, entre un soldado y su capitán, ocurrido en el contexto de una guerra, lo refleja de manera elocuente: —*Mi amigo no ha regresado del campo de batalla, señor, solicito permiso para salir a buscarlo. El capitán: —Permiso denegado; no quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente ha muerto. El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, salió, y una hora más tarde regresó mortalmente herido, transportando el cadáver de su amigo. El capitán estaba furioso: — ¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿valía la pena salir para traer un cadáver? El soldado, moribundo, respondió: — ¡Claro que sí, señor! Cuando lo encontré, todavía estaba vivo y pudo decirme: Jaime, estaba seguro de que vendrías.*

Otro suceso resalta el valor de la amistad hasta la muerte, que además produjo una auténtica transformación en quien pretendía acabar con una vida humana. Se cuenta que, cuando el filósofo pitagórico Fincias, condenado a muerte por el déspota Dionisio, le pidió un día de permiso para ir a su casa, fuera de la ciudad, a ordenar sus asuntos, Dionisio consintió con tal que dejase como rehén a su amigo Damón. Y, cuando vio presentarse a este confiadamente y a Fincias regresar a tiempo, en vez de hacerle matar, pidió humildemente ser admitido en la amistad de ambos, que tanto le había conmovido[\[20\]](#).

LA AMISTAD FAVORECE E INCREMENTA LA FELICIDAD

¿En qué medida los amigos pueden intervenir en la consecución del deseo radical de felicidad que todo ser humano experimenta? Aristóteles se pregunta si la amistad es o no necesaria para la felicidad, después de afirmar que la felicidad consiste en la virtud y, más concretamente, en la virtud contemplativa (que confiere al sabio una suerte de autosuficiencia que parecería no hacerle falta ninguna otra cosa para ser feliz). En su respuesta prescinde del análisis especulativo y se fija en la experiencia existencial, a partir de la cual concluye que *está claro que es mejor pasar las jornadas junto con amigos y personas virtuosas, que con extraños y con los primeros que toca en suerte. El hombre feliz tiene, por tanto, necesidad de amigos*[\[21\]](#).

Y en la literatura científica contemporánea existen muchos descubrimientos que confirman la estrecha influencia de la amistad en la felicidad. Como advierte Demir, *décadas de investigación empírica han demostrado que tener amigos y experiencias de*

cercana amistad [...] son vaticinadores esenciales de felicidad [...], por lo que el papel de las amistades en la felicidad ha sido llamado «la verdad profunda»[22], por encima de otros factores, como la salud física, el éxito profesional o el bienestar, que también pueden favorecer que las personas sean más felices, pero cuya influencia es menor que la amistad.

Desde otro punto de vista, si la felicidad deriva de la plenitud que la persona alcanza cuando pone en juego todas sus capacidades y desarrolla sus fortalezas[23], se debe tener presente que no se puede prescindir de la amistad para alcanzar esa plenitud, al ser factor necesario para el perfeccionamiento humano. Una persona no puede desarrollarse sola, para crecer y mejorar necesita de los amigos. Por tanto, cabe decir que la amistad no es algo añadido a la felicidad, sino que forma parte de esta como elemento integrante, pues sin la amistad la perfección humana quedaría incompleta y, sin ella, la felicidad no sería posible[24].

LA AMISTAD CONDUCE A LA UNIÓN CON DIOS

Un síntoma inequívoco de auténtica amistad es que el amigo desea la mejora y la superación continua del amigo, y pone los medios a su alcance para ayudarle a conseguirla. Cada uno ofrece al otro lo mejor de sí mismo, todo con el único interés de favorecerlo. Para quien es persona de fe, no hay duda respecto al bien supremo que puede ofrecer a su amigo, esto es, conducirlo hacia Dios, como lo señala con precisión Fernando Ocariz: *Ya que el amor lleva a desear y procurar el bien a quien se ama, el orden de la caridad lleva a procurar principalmente la unión de los demás con Dios, pues en eso está el máximo bien, el definitivo*[25]. ¿Y cómo se concreta esta acción? El papa Francisco da la respuesta cuando explica que, partiendo de una actitud *respetuosa y amable, el primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes de sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Solo después de esta conversación es posible presentarle [...] el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad*[26].

Aunque el valor de la amistad se impone de manera evidente y por tanto no requiere ser demostrado, los motivos aquí señalados confirman que la amistad es un verdadero tesoro que vale la pena cultivar, y explican por qué el acuerdo sobre el valor de la amistad es unánime.

[2] *Eclesiástico*, 6, 15.

[3] Aristóteles, *Ética a Eudemo*, VII, 1, 1234b33.

[4] Marco Tulio Cicerón, *De Amicitia VI* [20].

[5] Carreño, A. (ed.): *Lope de Vega: Los pastores de Belén, prosas y versos divinos*. Barcelona: PPU, 1996, Véase poema «Yo siempre dije».

[6] Ortega y Gasset, *El Espectador*, vol. 2 de *Obras completas*. Revista de Occidente, 1946, p. 511.

- [7] Cfr. J. M. Cabodevilla, *El cielo en palabras terrenas*, Madrid: Paulinas, 1990, p. 161.
- [8] Francis Bacon. *Ensayos de moral y política*, libro XXVII *De la amistad*, México: UNAM, Trad. Arcadio Roda Rivas, 1974, p. 113.
- [9] Ramón y Cajal. *Charlas de café: pensamientos, anécdotas y confidencias*. Madrid: Espasa-Calpe, 9.ª ed., 1966, p. 24.
- [10] Felipe Jacinto Salas. «La nube» en *Nuevas fábulas*. Barcelona: Librería de Juan y Antonio Bastinos.
- [11] Aristóteles, *Ética a Eudemo*, VII, 1. 1235a1.
- [12] Francis Bacon, *Ensayos de moral y política*, libro XXVII *De la Amistad*, p. 110.
- [13] Tomás de Aquino, *S. Th.*, 1-2, q. 28, a. 1.
- [14] San Gregorio Nacianceno, *Sermón 43, en alabanza de Basilio Magno*.
- [15] Oscar Wilde, *El alma del hombre bajo el socialismo*, p. 21. Versión electrónica en: http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/07/El_alma_del_hombre_bajo_el_socialismo.pdf.
- [16] *Eclesiástico*, 6, 14.
- [17] André Malraux. *La Esperanza*, Chile: Ediciones Ercilla, 1938, Trad. Luis Alberto Sánchez, p. 265.
- [18] Marlene Dietrich, *Memorias*, España: Ultramar, 1985.
- [19] Esopo, *Fábulas*, Madrid: Gredos, 1978, Trad. P. Bádenas de la Peña, p. 71.
- [20] Cfr. Indro Montanelli, *Historia de los griegos*, Barcelona: Plaza y Janés, 1982, Trad. Domingo Pruna, p. 216.
- [21] Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, IX, 9, 1169b7.
- [22] One of the empirical findings in the scientific literature on happiness that would not be disputed is the association between friendship and happiness. Decades of empirical research have shown that having friends and close friendship experiences overall quality, supportive, and intimate interactions, are essential predictors of happiness (Argyle 2001; Demir and Weitekamp 2007; Larson 1978; Peterson 2006). Indeed, the role of friendships in happiness has been called the deep truth (Myers 1993). Meliksah Demir et al., «I matter to my friend, therefore I am happy: friendship, mattering, and happiness», *Journal of Happiness Studies*, n.º 6, vol. 12 (2011): 983.
- [23] Véase al respecto: Francisco Ugarte, *El camino de la felicidad*, Rialp, 2010.
- [24] Cfr. Antonio Malo, *Antropología de la afectividad*, Pamplona: EUNSA, 2004, p. 115.
- [25] Fernando Ocariz, *Amar a Dios, amar a los hombres*, Madrid: Palabra, 1974, 3.ª ed., p. 103.
- [26] Papa Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (noviembre 2013), n.º 128.

CAPÍTULO 2

AFINIDAD AFECTIVA

ENCUENTRO INICIAL

La amistad tiene un proceso. Por eso, antes de abordar el primer elemento que la constituye, conviene describir los pasos previos que se suelen seguir para iniciar una amistad. En la vida ordinaria lo normal es relacionarse con muchas personas, por motivos muy variados —familiares, laborales, sociales, religiosos, deportivos, etc.—, y en la mayoría de los casos no se establecen lazos de amistad. Sin embargo, estas relaciones personales son siempre el punto de partida para llegar a hacer amigos.

Esos encuentros iniciales con los demás pueden ser fortuitos o intencionados. Los primeros son los más frecuentes y naturales, se dan como consecuencia de actividades que se llevan a cabo y en las que unas personas se encuentran con otras, hasta entonces desconocidas. En los otros casos se tiene la intención expresa de conocer gente —como el que se inscribe en un club social o deportivo para relacionarse—, o incluso se busca la ocasión para entrar en contacto con una persona en particular, de la que hasta el momento solo se tienen referencias. En todos estos casos la posibilidad de la amistad está abierta, pero hasta ahí. Para llegar a ella será preciso dar varios pasos, subir diversos escalones.

COMPAÑERISMO

Si el encuentro inicial se continúa, mediante el trato y la comunicación, las personas comienzan a conocerse. Por ejemplo, si trabajan juntas, cada una va captando aspectos de la otra, de manera que paulatinamente va dejando de serle desconocida. Se establece una relación entre ellas, cuyo contenido se encuentra constituido por la actividad que realizan en común y por el incipiente conocimiento que hasta el momento tiene una de la otra. A esta relación se le puede llamar *compañerismo*. Compañeros son los alumnos de un mismo salón de clases, los integrantes de un equipo de fútbol, los empleados de una fábrica, los socios de una empresa, los miembros de una organización religiosa. Sus vínculos son débiles y demasiado dependientes del motivo que los une —la actividad que realizan juntos—, de manera que si este faltara, dejarían de verse. El alumno que cambia de colegio pierde a sus antiguos compañeros, el deportista que abandona el equipo no ve más a aquellos con los que solía jugar, quien se muda de trabajo pierde la relación con sus anteriores colegas, etc. En cada uno de estos casos se refleja hasta qué punto la relación de compañerismo puede ser débil.

La principal debilidad del compañerismo radica en el escaso contenido *personal* de la relación. La persona del compañero viene a ser como una simple circunstancia de lo que fundamentalmente se busca: la actividad realizada en común. Esta situación puede presentarse incluso de manera prolongada, como el que trabaja al lado de un compañero durante años y no consigue establecer una relación propiamente personal con él, porque no tiene acceso a su intimidad. El poco interés por la persona es, pues, característico del simple compañerismo.

AFINIDAD SUBJETIVA Y OBJETIVA

Por contraste con lo anterior, a veces ocurre que, entre dos o más compañeros, de pronto nace un deseo de relacionarse más estrechamente. Esto se debe a que descubren la *afinidad* que existe entre ellos, de la que deriva la inclinación al acercamiento. Hasta aquí no cabe hablar todavía de amistad, pero se puede intuir que el compañerismo va a ser *la matriz*, el origen, de la amistad, en cuanto que los amigos siempre habrán sido antes compañeros en algún sentido. ¿En qué consiste la afinidad que produce el impulso para pasar del compañerismo a la amistad? Afinidad, en abstracto, significa semejanza de una cosa con otra, coincidencia en algún aspecto. Cuando se trata de afinidad entre personas, esa semejanza o coincidencia puede darse en dos niveles, *subjetivo* y *objetivo*, que se analizarán a continuación.

Balmes solía describir las cualidades de las principales facultades de la persona humana con las siguientes palabras: *cabeza de hielo, brazos de hierro, corazón de fuego*[\[27\]](#), lo cual significa que la inteligencia ha de pensar con frialdad y objetividad, la voluntad poseer una fuerza capaz de tomar decisiones importantes y llevarlas a la práctica, y la afectividad ser capaz de apasionarse con la intensidad propia de los sentimientos debidamente encauzados. Este tercer aspecto, tema del presente capítulo, juega un papel esencial en la amistad, ya que *es en la esfera afectiva, en el corazón, donde se almacenan los tesoros de la vida más individual de la persona, donde se pronuncia su palabra más íntima*[\[28\]](#). Por eso, *los afectos constituyen nuestro núcleo más personal y peculiar, mucho más que el modo de comportarnos o que el repertorio de nuestros conocimientos*[\[29\]](#).

SIMPATÍA

Cuando entre dos o más personas se da, espontáneamente, una coincidencia de afectos, una sintonía emocional que les hace experimentar los mismos sentimientos, se puede decir que hay entre ellas *afinidad afectiva*. A este fenómeno se le suele llamar también *simpatía*, que etimológicamente significa «sentir con» el otro, sentir al unísono. Ordinariamente la simpatía proviene de la semejanza entre los sentimientos de los sujetos, como lo expresan estos versos de Tirso de Molina: *Si lloras lloro contigo; /*

alégrame tu contento; / lo mismo que sientes siento, / ¿y me llamas mal amigo?[30]. Las amistades, en la mayoría de los casos, tienen su punto de partida en esta afinidad afectiva. Se verá que otras amistades no solo no parten de esta afinidad, sino que tienen incluso que superar una antipatía inicial.

Hay quienes tienen una especial facilidad para «simpatizar» con los demás, desde el primer momento de la relación, por su capacidad para captar y transmitir sentimientos. Esta cualidad los hace agradables y les ayuda a «caer bien» a quienes los tratan, de manera que la relación se facilita y adquiere ese carácter personal desde el primer momento. En general, la mujer, por su carácter más afectivo, suele gozar de esta cualidad en mayor grado que el hombre. Sin embargo, como también existen sentimientos negativos que producen alejamiento y antipatía entre las personas, la mujer, por su mayor carga sentimental, puede experimentar más intensamente estas inclinaciones. Un estudio citado por Goleman[31], y realizado a 264 parejas, concluía que lo más importante para las mujeres era tener «buena comunicación», mientras que los hombres se quejaban de que deseaban llevar a cabo actividades con su pareja y que, en cambio, la respuesta con que frecuentemente se topaban era que lo único que ellas querían era hablar. Y es que la conversación es vehículo privilegiado para la comunicación de sentimientos, que algunas veces se presenta como una necesidad imperiosa.

COMUNICACIÓN DE SENTIMIENTOS Y CONVIVENCIA

Cuando la afinidad subjetiva se despierta entre quienes venían manteniendo una relación de simple compañerismo, experimentan un cambio. Nace una atracción espontánea y recíproca, se siente agrado en el trato y la relación fluye con naturalidad. La comunicación se favorece y no solamente se realiza mediante el lenguaje verbal, sino también a través del lenguaje corporal. Un gesto, una mirada, una actitud, pueden decir más que las palabras, porque son vehículos que transmiten sentimientos. Aunque pueda parecer una exageración, según el mismo Goleman, los expertos aseguran que el 90% o más de un mensaje emocional es no verbal.

La atracción recíproca en estos casos favorece también la convivencia. Se buscan ocasiones para coincidir, el afecto aumenta, el trato se facilita y todo apunta, paulatinamente, hacia la unión, hacia la identificación mutua, que formará parte esencial de la amistad. Esta afinidad afectiva, con la consiguiente comunicación de sentimientos, juega un papel muy importante en la convivencia, porque las personas *no pueden convivir si no tienen los mismos gustos y no gozan y se entristecen con las mismas cosas*[32]. Por eso, cuando se da la sintonía afectiva, se produce una fuerte compenetración entre quienes se relacionan, tanta, que las palabras pueden salir sobrando, como la advertía Erasmo: *La verdadera amistad llega cuando el silencio entre dos parece ameno*[33]. Y viceversa, si se descuida la convivencia, la relación decaerá porque *las zarzas cubren el camino de la amistad cuando no se transita con*

frecuencia[34], según expresión de Antoine Rivarol.

LA FUERZA DEL AFECTO

El afecto que procede del sentimiento se distingue del amor de la voluntad, del que se tratará más adelante. Tomás de Aquino, para explicar la fuerza del amor sentimental, afirma que se ama por el sentimiento *cuando el hombre no sabe vivir sin aquello que ama*[35], y añade que *de dos, la amistad hace uno por medio del afecto*. Ortega, aludiendo a este mismo tipo de amor, advierte que amar a una persona *es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquella persona esté ausente*[36]. Se trata, por tanto, de una fuerza que se orienta a la unión, a la identificación con la persona querida, quien pasa a formar parte inseparable de la propia vida. Por eso se reclama y se exige su presencia. Al analizar, en su momento, el papel del amor volitivo en la amistad, habrá que tener en cuenta que ese amor puede ser notablemente potenciado por la vida afectiva y emocional. *Puesto que la persona humana no es solo alma, ni tampoco sensibilidad aislada, la emotividad tiene su puesto, su papel, en el nacimiento, la consolidación y el crecimiento expansivo del querer entre los hombres*[37].

Cabe advertir también que, cuando existe afinidad entre las personas, la comunicación de los sentimientos beneficia, además, a los sentimientos mismos. Por ejemplo, la alegría aumenta cuando la comunicamos a los demás, y el consuelo hace más llevadera la tristeza. Sin embargo, para que la amistad se vea beneficiada por los sentimientos, es preciso que la afectividad sea «objetiva», es decir, que guarde la debida proporción entre los estímulos procedentes de los objetos y las reacciones despertadas por ellos, de manera análoga a lo que ocurre en el orden de la inteligencia, como lo explica Von Hildebrand: *Un acto de conocimiento es objetivo cuando capta la verdadera naturaleza del objeto. Y una respuesta afectiva es objetiva cuando corresponde al valor del objeto*[38]. Esto tiene que ver tanto con la calidad como con la intensidad de las reacciones. Si alguien se alegra ante la noticia inesperada de la muerte de un amigo, es evidente que la reacción no es objetiva, porque lo normal en este caso sería entristecerse; si una persona reacciona con rabia ante alguien que le contradice en algún asunto de poca importancia, su reacción tampoco es objetiva porque no guarda proporción con el estímulo que la provoca. Esta «objetividad» es señal de madurez afectiva, de que los sentimientos están bien formados, lo cual es muy importante en la relación de amistad.

En conclusión, se puede decir que la afinidad afectiva —supuesta la madurez de la afectividad— juega un papel esencial en la amistad, porque proporciona a la relación entre los sujetos su carácter personal, íntimo, del que el mero compañerismo carece.

DEBILIDAD DE LA AFINIDAD SUBJETIVA

Sin embargo, después de haber subrayado la importancia de la simpatía para la amistad, hay que destacar que resulta insuficiente. Su *debilidad* radica en que la afinidad afectiva, emocional, no ofrece, por sí misma, suficientes garantías para que la relación adquiera solidez y consistencia. Si la relación se apoya exclusivamente en los sentimientos compartidos, estará sujeta a la volubilidad de esos fenómenos emocionales, y le faltará el soporte de la voluntad. El siguiente diálogo refleja cómo el afecto, cuando ha disminuido, necesita de la voluntad para que vuelva a surgir. —*Stephen, a mi esposa y a mí ya no nos unen los antiguos sentimientos. Supongo que ya no la amo, y que ella ya no me ama a mí. —¿Ya no sienten nada uno por el otro? —Así es. Y tenemos tres hijos, que realmente nos preocupan. —Ámela —le contesté. —Pero le digo que ese sentimiento ya no existe entre nosotros. —Ámela. —No me entiende. El amor ha desaparecido. —Entonces ámela. Si el sentimiento ha desaparecido, esa es una buena razón para amarla. —Pero, ¿cómo amar cuando uno no ama? —El amor —como sentimiento— es el fruto de amar. De modo que ámela. Sírvala. Sacrifíquese por ella. Escúchela. Comparta sus sentimientos. Apréciela. Apóyela. ¿Está dispuesto a hacerlo? [39].* Lo mismo puede ocurrir en la relación de amistad, que el afecto decaiga y requiera del apoyo de la voluntad: buscar al amigo para convivir con él y así reconstruir la relación que se ha enfriado.

Además, si la amistad no tiene otro contenido que los sentimientos, se puede deformar, ya que el mundo afectivo, dejado a su propia espontaneidad, tiende a volverse sobre sí mismo, de forma egocéntrica. Y en este caso ya no se ve al amigo como término de un afecto que acaba en él, sino que se busca en la relación una satisfacción personal y egoísta: sentirse querido, atendido, preferido. Esto puede conducir también a adoptar una actitud posesiva de los amigos o de las amigas y a experimentar incluso celos si comparten su amistad con otros, cuando la verdadera amistad, como dice Lewis, es *el menos celoso de los amores*[40]. Este fenómeno suele ser frecuente entre las adolescentes, porque no han alcanzado aún la madurez afectiva.

La amistad, finalmente, requiere de otros contenidos además de los sentimientos. La afinidad afectiva es como el lubricante para que las piezas del motor puedan funcionar con facilidad y sin forzarse. Cuando a un motor le falta aceite, suele estropearse o al menos paralizarse. Si en la relación humana no hay simpatía, si no se da esa comunicación de sentimientos que tanto favorece el acercamiento personal, difícilmente se podrá ir más allá del compañerismo. Pero, ¿de qué sirve el lubricante, si el motor carece de piezas? Las piezas son el contenido *objetivo* de la relación, que será analizado posteriormente. Antes es preciso considerar la intervención del *conocimiento* en la amistad, porque sin conocimiento no puede surgir la afinidad. Y hay que añadir que, mientras más profundo sea ese conocimiento, mayor podrá ser la afinidad afectiva. ¿En qué consiste conocer con profundidad a una persona, *comprenderla*? Será el tema del próximo capítulo.

[27] Cfr. Carlos Llano, *Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?* México: Ediciones Ruz, 2004, p. 265.

- [28] Dietrich Von Hildebrand, *La afectividad cristiana*, Madrid: Fax, 1968, Trad. Martín Ezcurdía, p. 121.
- [29] José Antonio Marina, *El laberinto sentimental*, Barcelona: Anagrama, 1997, pp. 229-230.
- [30] Tirso de Molina, «Celos con celos se curan», en *César y Carlos*. Acto I, escena I.
- [31] Daniel Goleman, *Emotional intelligence*, New York: Bantam, 1997, p. 132.
- [32] Tomás de Aquino, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 3.
- [33] Erasmo de Rotterdam, *Adagiorum Collectanea*.
- [34] Cfr. Antoine de Rivarol, *Pensamientos y Rivarolianas*, Trad. de Luis Eduardo Rivera, Madrid: Editorial Periférica, 2006.
- [35] Tomás de Aquino, *Super Ev. S. Matth.*, lect. 22, 4.
- [36] José Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Revista de Occidente, Madrid: Alianza Editorial, 2.ª ed., 1981, pp. 20-21.
- [37] Tomás Melendo, *Ocho lecciones sobre el amor humano*, Madrid: Rialp, 2.ª ed., 1993, p. 101.
- [38] Dietrich Von Hildebrand, *La afectividad cristiana...*, p. 98.
- [39] Stephen R. Covey, *Los 7 hábitos de la gente eficaz*, México: Paidós, 1994, Trad. Jorge Piatigorsky, p. 91.
- [40] *La verdadera amistad es el menos celoso de los amores. Dos amigos se sienten felices cuando se les une un tercero, y tres cuando se les une un cuarto, siempre que el recién llegado esté cualificado para ser un verdadero amigo. Pueden entonces decir, como dicen las ánimas benditas en el Dante, «Aquí llega uno que aumentará nuestro amor»; porque en este amor «compartir no es quitar». C. S. Lewis, Los cuatro amores*, Madrid: Rialp, 13.ª ed., 2012, Trad. José Luis del Barco, p. 73.

CAPÍTULO 3

COMPRENSIÓN DE LOS AMIGOS

Las relaciones humanas suelen apoyarse, ordinariamente, en un conocimiento superficial, porque se conoce a los demás en sus aspectos más exteriores: cómo son físicamente, cómo hablan, cómo se desenvuelven socialmente, lo cual incluye el riesgo de captar principalmente sus apariencias. Esto se debe, en buena medida, a la perspectiva y a la actitud con que se les observa: a distancia, desde fuera, como si se tratase de unos objetos más con los que hay que relacionarse. Se puede perder de vista que son «sujetos», personas que poseen una interioridad y que, mientras no se les vea desde su núcleo más íntimo, «de dentro hacia fuera», relacionando sus proyecciones al exterior con la raíz de la que proceden, no se logra conocerlos realmente. Si esto ocurriera entre quienes se consideran amigos, habría que dudar de esa amistad, porque si algo debe ocurrir entre ellos es que se conozcan de verdad.

Conocer con profundidad a una persona, como ella realmente es, en su individualidad y singularidad propias, significa *comprenderla*. Y esta comprensión resulta indispensable para la amistad, tanto en el proceso de gestación, donde ordinariamente tiene lugar la afinidad afectiva, como en su perfeccionamiento, como se verá más adelante. Por este motivo la comprensión viene a ser el segundo elemento de la amistad, ya que es condición indispensable para relacionarse adecuadamente. ¿En qué consiste comprender?

Comprender al amigo significa conocer y entender su interioridad, tener acceso a su intimidad para captarlo desde dentro, como él realmente es. ¿Es esto posible?, ¿cuál es el camino que se debe seguir? Aunque las respuestas podrían ser válidas para las relaciones interpersonales en general, se aplican de manera especialmente apropiada en la relación de amistad.

PONERSE EN EL LUGAR DEL OTRO

Lo primero es no perder de vista lo que ya se ha dicho: que se está ante un «sujeto», un sujeto dinámico que tiene vida propia, pensar propio, un modo de reaccionar propio, y no ante un «objeto estático» y clasificable mediante unos esquemas preestablecidos. Esto exige *ponerse en su lugar* para captarlo desde sí mismo. Y este ponerse en su lugar, de manera profunda y completa, incluye dos niveles: el *emocional o afectivo*, cuyo contenido son los sentimientos, y el *intelectual*, constituido por los conceptos y formas de pensamiento del otro. Cabe analizarlos separadamente, aunque en la práctica se den entremezclados, porque la persona humana es una unidad.

LA EMPATÍA

A la capacidad de ponerse en el lugar del otro emocionalmente se le llama *empatía*[41]. La empatía no es lo mismo que la *simpatía*. Simpatizar, según se ha visto, significa «sentir con», coincidir afectiva o sentimentalmente con el otro, sentir al unísono. Empatía, en cambio, quiere decir «sentir dentro», para lo cual es preciso «entrar en los demás», o mejor, conseguir que ellos «entren en mí» para sentir lo que ellos sienten y así comprenderlos. En palabras de Carlos Llano: *La empatía, que en griego significa sentir dentro (a diferencia de la simpatía que, también en griego, se traduce por sentir con), se insertó en la antropología moderna gracias al filósofo existencialista alemán (y doctor en medicina) Karl Jaspers, bajo el término Einfühlung (que se tradujo médicamente por introyección). Para Jaspers no basta que el médico posea del fenómeno psicopatológico una representación —Volstellung— o captación intelectual del mismo en relación con las causas objetivas o los motivos subjetivos del enfermo. Ha de hacer, además, el intento de sentir interiormente lo mismo que el enfermo (introyección)*[42]. Según esto, cuando se logra *empatizar* con otra persona, se consigue conocer su más profunda individualidad, su núcleo más íntimo desde el que la persona se proyecta. En esto consiste, por tanto, *comprender* al amigo en el nivel afectivo o emocional.

Hay personas que tienen muy arraigada esta cualidad de la empatía, lo cual facilita que los demás se sientan identificados con ellas a las primeras de cambio, que les confíen su intimidad apenas conocerlas, porque *se sienten* comprendidos. Se les busca incluso sin esperar de ellas ninguna solución práctica o eficaz a los problemas que se les plantean; basta con *sentir* su comprensión, que se experimenta porque saben ponerse en el lugar del otro, y compartir así sus sentimientos o emociones. De aquí nace espontáneamente un afecto sincero —la afinidad afectiva— que favorece de forma significativa la relación de amistad.

COMPRENSIÓN INTELECTUAL

El otro nivel necesario para que la comprensión sea completa es de orden intelectual. Consiste en ver el mundo como el otro lo ve, entender *sus* conceptos, sus «paradigmas». Al respecto, Covey explica que *La palabra paradigma proviene del griego. En la actualidad se emplea con el sentido de modelo, teoría, percepción, supuesto o marco de referencia. En el sentido más general, es el modo en que «vemos» el mundo, no en los términos de nuestro sentido de la vista, sino como percepción, comprensión, interpretación*[43]. Y añade que *un paradigma es como un par de gafas: afecta el modo en que lo vemos todo en la vida*. De nuestros paradigmas derivan nuestras actitudes y conductas.

El gran error que se comete frecuentemente consiste en ver a los demás, interpretar sus

actitudes, juzgar su comportamiento, desde *nuestros* paradigmas, lo cual en tantos casos podría traducirse por juicios concebidos de antemano o, más brevemente, por nuestros *pre-juicios*. Esto provoca que no entendamos a los demás, porque los estamos captando «desde fuera», es decir, desde nosotros mismos. La verdadera comprensión exige entrar en el otro, también intelectualmente, esto es, comprender *sus* paradigmas, ponerme sus gafas para ver la realidad como él la ve y entender así lo que hay en su mundo interior. Desde allí podré comprender también lo que brota de ese núcleo íntimo, sus actitudes y su comportamiento. Cuando esto ocurre, la amistad fluye con rapidez y conduce a la unidad entre los amigos.

Para lograr lo anterior, no es necesario *estar de acuerdo* con el modo de pensar del otro; ponerse en su lugar, para ver el mundo como él lo ve, no significa asumir esa visión, que algunas veces podrá parecerme desacertada, incompleta, parcial o como se quiera. Lo que importa es que, sobre una base de respeto a la persona con quien me relaciono, sepa quitarme mis gafas por un momento y ponerme las suyas, para adentrarme en su mundo. Esto resulta indispensable con los amigos. San Josemaría Escrivá señala que *La amistad verdadera supone también un esfuerzo cordial por comprender las convicciones de nuestros amigos, aunque no lleguemos a compartirlas, ni a aceptarlas*[\[44\]](#).

Estas consideraciones son suficientes para concluir la importancia de la comprensión en los dos niveles, emocional e intelectual. La empatía permite conocer al otro en su más profunda individualidad, en su ser más íntimo. La comprensión intelectual hace posible captar al otro con profundidad, al entender por qué ve las cosas como las ve. En ambos casos se trata de ponerse en su lugar, de meterse dentro de él o conseguir que entre en mí, para sentir lo que siente y entender lo que entiende.

EL AMOR, FUNDAMENTO DE LA COMPRENSIÓN

Este proceso, que conduce a la comprensión profunda, podría dejar la impresión de que se trata de un asunto *técnico*, que se resuelve mediante una fórmula de acción. Nada más lejano a la realidad. El fundamento para que sea posible comprender en profundidad a una persona está en el amor. Y esto por dos razones. La primera, porque el esfuerzo para ponerse habitualmente en el lugar del otro exige entrega, renuncia a uno mismo, lo cual solo es posible si existe el impulso interior, que procede del amor, para mantenerse en esa dirección. Cuando no hay amor, la persona se vuelve sobre sí misma, cae en el egoísmo y se incapacita para *entrar en los demás* y comprenderlos. El amor es esencial a la amistad, como se profundizará más adelante, y una de sus consecuencias más importantes es que posibilita la comprensión del amigo.

La segunda razón —que admitiría un desarrollo más amplio— es que para *entrar* en otra persona es preciso conseguir una cierta *identificación* con ella, a la cual se hizo alusión al hablar de la afinidad. Pues tal identificación es un efecto primordial del amor, que hace posible comprender al amigo. Carlos Cardona lo expresa de esta manera: *Solo*

el amor permite el verdadero conocimiento: la inteligencia, el intus legere, leer dentro; en cuanto que el amor me identifica con el otro, me coloca en su lugar: que es justamente lo que origina la «comprensión», el conocimiento exhaustivo o total[45]. Estas palabras eliminan toda impresión de que la comprensión sea una cuestión de *técnica*, porque su origen está en el corazón del hombre y en su voluntad, es decir, en el amor, sensible y racional, que impulsa hacia el amigo e identifica con él, para poder así conocerlo *desde dentro*, esto es, comprenderlo.

ESCUCHAR PARA COMPRENDER

Un medio que resulta necesario para comprender a las personas consiste en escucharlas. Es algo que, por evidente, muchas veces se da por supuesto pero no se practica a fondo. Se trata de escuchar, pero no de cualquier manera, sino con la intención de comprender. Se puede escuchar con otras intenciones: para contestar al asunto planteado, para dar un consejo, para llevar a cabo una determinada acción. En estos casos el mensaje captado no suele ser lo más importante, sino un simple medio para lo que se pretende hacer a partir de él. La consecuencia es que no se escucha suficientemente. En cambio, cuando se escucha *para comprender*, lo importante está en el mensaje mismo y en el portador de ese mensaje, pues ahí está centrada la intención.

Hace falta *aprender a escuchar*. Se invierte mucho en aprender a hablar, a leer y a escribir, no en cambio en aprender a escuchar. Esto se da por supuesto y es un grave error. Saber escuchar es un arte y no se puede reducir a una tarea propia del oído. Se escucha con todo: *con los ojos*, para captar el lenguaje corporal que muchas veces transmite más contenido que las mismas palabras —un gesto, una expresión de alegría, la simple presencia, pueden decir más que muchas explicaciones verbales—; *con el entendimiento*, para captar las razones de lo expresado y su relación con quien lo expresa; *con el corazón*, para participar de los sentimientos del otro y comprender lo que siente, ya que, según la conocida frase de Pascal, *el corazón tiene sus razones que la razón no comprende*. Escuchar es una tarea que requiere esfuerzo y paciencia, si realmente se está dispuesto a ponerse en el lugar del otro, para poder así comprenderlo. Cuando hay verdadera amistad, los amigos se escuchan con gusto, por el interés que tienen entre sí y por la afinidad que los une. De ahí que puedan convivir, en una escucha continuada, donde el tiempo transcurre tantas veces sin darse cuenta.

INSPIRAR CONFIANZA

Otra condición para comprender a una persona es *que se me manifieste como es* —y no mediante apariencias o dobleces—, lo cual se facilita mucho si soy capaz de *inspirarle confianza*. Cuando alguien se encuentra con quien siente confianza, actúa espontáneamente, con naturalidad y sencillez. Esto favorece notablemente el proceso

hacia la amistad y, una vez que existe, se reafirma por ese modo de proceder.

¿Qué es lo que hace que alguien sienta confianza hacia otra persona, cuál es la clave para inspirar esa confianza? El fundamento principal radica en la *integridad de vida*, en la autenticidad, en la congruencia, en ser *lo que soy y debo ser*[46]. Esto favorece que los demás confíen en mí, al descubrir un modo permanente de actuar que corresponde a ese modo de ser. Saben, entre otras cosas, que siempre serán comprendidos y encontrarán una respuesta positiva a sus necesidades, ya que estas son exigencias de la vida íntegra de una persona. Tampoco aquí se trata de una *técnica* para inspirar confianza, sino al contrario: la confianza se inspira sin proponérselo directamente, como consecuencia de apuntar a la raíz, que es ese modo de ser y de vivir auténtico. Los verdaderos amigos, si se tienen plena confianza, es porque cada uno cuenta con el respaldo de una vida recta y coherente, que hace posible que los demás no duden de su amistad. *Una persona discreta, sencilla, afable, modesta, genera de modo espontáneo ese clima de confianza necesario para intimar, profundizar en el trato, conocerse y por tanto hacerse recíprocamente el bien*[47].

SER COMPRENDIDO

Como la amistad es recíproca —el amigo es amigo para el amigo—, la comprensión entre los amigos también debe ser mutua, lo cual exige no solo el esfuerzo para comprender al otro, sino la disposición de facilitarle que me comprenda. ¿Cómo facilitararlo? Se trata de que el amigo *se ponga en mi lugar*, como condición fundamental para que me comprenda. Esto lo conseguiré si soy capaz de transmitirle lo que hay dentro de mí, mis sentimientos, mis convicciones, todo lo que constituye ese mundo interior que es como la fuente de la que brota toda la conducta. El contenido de ese núcleo íntimo está constituido por lo emocional o afectivo y por la vida racional, según se analizó en su momento.

El proceso de ponerse en el lugar del otro emocionalmente, ha sido llamado *empatía* que, según se dijo, consiste en *sentir dentro*, en *entrar en los demás*, en *lograr que los demás entren en mí*. Pues bien, al hacer partícipe al amigo de mis sentimientos, le estoy permitiendo que sienta lo que yo siento y de esa forma me comprenda. Cuando esto se da de manera recíproca, se establece una corriente de comunicación que potencia progresivamente la comprensión mutua y, por tanto, la amistad. Aquí se ve con claridad cómo la afinidad afectiva favorece la comprensión.

Otro tanto ocurre en el nivel intelectual, si soy capaz de abrirme y comunicar al amigo lo que pienso, mis ideas, mi manera de ver las cosas, procurando dar razón de todo ello. Le ofrezco la posibilidad de que me conozca en profundidad, de modo que si yo también he tenido acceso a él en ese mismo nivel, nuestra amistad adquirirá riqueza y solidez, permanencia y estabilidad, aunque podamos disentir en muchos puntos.

Nos encontramos ya en condiciones de abordar el tercer elemento de la amistad. Al hablar de la afinidad afectiva concluíamos que la comunicación de sentimientos es como

el lubricante que hace posible que el motor funcione, y ahora podemos añadir que la comprensión refuerza la lubricación en la relación de amistad, pero volvemos a reiterar la pregunta que entonces hacíamos: ¿de qué sirve el lubricante, si el motor carece de piezas? Las piezas son el contenido *objetivo* de la relación que, como se verá a continuación, están constituidas por los *intereses comunes*.

[41] Cfr. Stephen R. Covey, *Los 7 hábitos de la gente eficaz...*, pp. 273 ss.

[42] Carlos Llano, *El Liderazgo Anamórfico*, México: nota técnica IPADE, 1994.

[43] Cfr. Stephen R. Covey, *Los 7 hábitos de la gente eficaz...*, p. 25.

[44] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, Rialp, n.º 746.

[45] Carlos Cardona, *Metafísica del bien y del mal*, Pamplona: EUNSA, 1987, p. 117.

[46] Véase al respecto: Francisco Ugarte, *En busca de la realidad*, Rialp, 2006.

[47] Juan López Padilla, *Amistad. Hacer amigos en la vida cotidiana*, México: Amateditorial, 2011, p. 233.

CAPÍTULO 4

INTERESES COMUNES

Si bien es cierto que el paso del compañerismo a la amistad ordinariamente comienza por la simpatía o por la empatía entre las personas, por la afinidad que experimentan en el nivel de los sentimientos, también es verdad que en algunos casos el punto de partida puede encontrarse en otro tipo de afinidad, que puede ser calificada de *objetiva*, y que consiste en coincidir con otra persona en algún objeto de *interés común*, que puede ser muy variado —algún deporte, una actividad artística, un tema intelectual, etc.— y que se comparte con gusto, dando origen a una relación que paulatinamente puede ir convirtiéndose en amistad.

También en este caso la diferencia con el compañerismo es clara, pues el interés en cuestión no se comparte de igual manera con los demás compañeros, por lo que la relación que se genera posee un cierto carácter de exclusividad. *La amistad surge fuera del mero compañerismo cuando dos o más compañeros descubren que tienen en común algunas ideas o intereses, o simplemente algunos gustos que los demás no comparten y que hasta ese momento cada uno pensaba que era su propio y único tesoro, o su cruz. La típica expresión para iniciar una amistad puede ser algo así: «¿Cómo, tú también? Yo pensaba ser el único»*[48].

La afinidad que se genera en este caso tiene carácter *objetivo*, porque las personas se sienten atraídas por un mismo objeto, que va a ser el punto de encuentro entre ellas. No se trata ya de dos subjetividades relacionadas entre sí, por la sola atracción afectiva, sino de una relación con un contenido que trasciende las subjetividades, por existir fuera de ellas: los intereses comunes. El cine, la ópera, la tecnología, el fútbol o la cultura, por ejemplo, pueden ser ese objeto, punto de encuentro entre quienes se sienten atraídos por él.

La diferencia con el compañerismo es muy clara. Mientras el contenido de este se reducía a una actividad que se realizaba *en común*, y en cierta manera casualmente, ahora ha surgido un auténtico *interés común*, que no se comparte con la mayoría de los compañeros. Por otra parte, esos intereses comunes, siendo objetivos, al compartirse, adquieren un carácter de vinculación entre las partes que origina una relación diferente. Lewis lo explica así: *El compañerismo se da entre personas que hacen algo juntas: cazar, estudiar, pintar o lo que sea. Los amigos seguirán haciendo alguna cosa juntos, pero hay algo más interior, menos ampliamente compartido y menos fácil de definir; seguirán cazando, pero una presa inmaterial; seguirán colaborando, sí, pero en cierto trabajo que el mundo no advierte, o no lo advierte todavía; compañeros de camino, pero en un tipo de viaje diferente*[49].

También puede servir, para ilustrar la función de los intereses comunes en la relación

de amistad, el contraste entre dos personas que se aman como pareja, con carácter de exclusividad, y los amigos, cuya atención inmediata está puesta en algo externo a ellos pero que es objeto de su interés: se puede describir *a los enamorados mirándose cara a cara, y en cambio a los amigos, uno al lado del otro, mirando hacia adelante*[50].

Cuando hay intereses comunes, la comunicación fluye con facilidad y la relación se enriquece, porque interesa hablar de aquel asunto que atrae la atención, se intercambian puntos de vista, se comparten experiencias. Si el ámbito de coincidencia es una determinada actividad, como un deporte o el gusto por la música, se buscan ocasiones para realizarla juntos. En definitiva, aparece aquí también —como en la afinidad subjetiva— la inclinación al acercamiento mutuo, a convivir, a frecuentarse, aunque en este caso movidos inicialmente por el objeto de interés común. La convivencia es, también por este motivo, propia de los amigos, en un doble sentido: los intereses comunes inclinan a convivir, y la convivencia permite compartir los intereses.

DIVERSIDAD Y COMPLEMENTARIEDAD

Hay que tener en cuenta que la afinidad en este nivel objetivo no consiste necesariamente en ver las cosas de la misma manera, ni en estar de acuerdo con las soluciones planteadas a los problemas, sino en coincidir en el interés por los mismos temas. Por ejemplo, el punto en común puede ser la tecnología digital, aunque cada quien tenga sus preferencias sobre los mejores programas. O si se trata de la afición a la música clásica, ambos estarán de acuerdo en la belleza que encierra, aunque uno considere a Mozart como el mejor de la historia y el otro esté convencido de que Bach es insuperable.

Tales diferencias en los enfoques sobre un mismo asunto, que para ambos resulta importante e interesante, pueden incluso favorecer la amistad, al aumentar las posibilidades de enriquecerse mutuamente con las diferentes aportaciones de cada uno. En otras palabras, la afinidad en los intereses comunes se puede complementar y favorecer con la diversidad en los enfoques. El interés de dos amigos puede estar centrado en la economía, aunque no coincidan en el sistema más adecuado para un determinado país, lo cual les llevará a cambiar impresiones y a enriquecer el punto de vista de cada uno. Tal vez nunca lleguen a ponerse de acuerdo, pero les seguirá resultando apasionante conversar sobre ese tema, que llenará muchas horas de convivencia. Lo más probable es que su amistad se fortalezca, gracias a la apertura para el diálogo por parte de cada uno.

DEBILIDAD DE LA AFINIDAD OBJETIVA

Los intereses comunes son, decíamos, las piezas del motor que constituyen el contenido de la relación de amistad. Sin embargo, ahora hay que subrayar la importancia

del lubricante —la afinidad afectiva o simpatía— para que el motor funcione, para que se dé la comunicación de sentimientos y la relación adquiera o mantenga su carácter personal. En efecto, puede ocurrir, por ejemplo, que un grupo de científicos trabajen conjuntamente en campos apasionantes para todos, durante años, pero nunca trascienden la relación de compañerismo, porque se mantienen exclusivamente en el nivel objetivo de sus intereses, sin acceder a lo personal de cada uno. Aquí precisamente radica la *debilidad* de la afinidad objetiva, en que no necesariamente produce una relación *personal*, íntima, entre quienes se comunican. Por eso es que requiere del complemento de la simpatía, de la comunicación de sentimientos, para que pueda convertirse en amistad.

Por contraste, tanto con los científicos anteriores, como con quienes se vinculan exclusivamente mediante la afinidad afectiva, san Agustín refiere cómo era la relación con sus amigos, y en su descripción aparecen compenetrados ambos elementos, los intereses comunes y los sentimientos compartidos: *Había cosas que cautivaban con más fuerza mi alma en relación a ellos: conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer juntos libros bien escritos, chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y recibir con alegría a los que llegaban. Con estos signos y otros semejantes (...) se derretían nuestras almas y de muchas se hacía una sola*^[51]. En esta descripción aparecen unos elementos que son sentimientos compartidos —reír, divertirse, experimentar pena y alegría, etc.— y otros —como conversar, discutir, leer libros, etc.—, que pertenecen a los intereses comunes.

Cabe ahora señalar que no solo la afinidad afectiva favorece el carácter *personal* en la relación de amistad, sino también los intereses comunes, ya que, a través de ellos, se descubre a la otra persona, se le conoce mejor, se le comprende y se le quiere. De este modo, la afinidad objetiva se convierte también en vínculo de unión entre las personas relacionadas. A diferencia de los científicos que abordaban su tema de manera neutral y objetiva, sin involucrarse ellos mismos, ahora se tratan las cuestiones de interés común, dejando que la propia personalidad se proyecte y permitiendo que cada uno de los interlocutores capte el modo de pensar y el modo de ser del otro, quien a su vez posee una disposición propicia para recibir ese conocimiento. De esta manera, los intereses comunes influyen también en el carácter *personal* de la amistad.

CANTIDAD Y CALIDAD DE LOS INTERESES

Cabe señalar, a propósito del papel fundamental que los intereses comunes juegan en el proceso de la amistad, que mientras mayor riqueza encierren esos intereses, más fuerte y más profunda será la vinculación entre los amigos. La riqueza de los intereses se refiere tanto al aspecto *cuantitativo* como al *cualitativo*, y en ambos casos se trata, lógicamente, de intereses buenos en el sentido de que favorecen la mejora de las

personas. Si son muchos los puntos de interés común, la relación resulta más fácil y más entretenida por la variedad; si el contenido posee calidad y es profundo —porque incluye, por ejemplo, valores humanos, intelectuales, artísticos, espirituales—, la unión entre las personas será más plena y personal.

De aquí cabe derivar una consecuencia. La *capacidad para hacer amigos*, supuestas la afinidad afectiva y la comprensión, dependerá de los intereses que se tengan —o de la capacidad para adquirirlos—, tanto en número como en calidad. El número de intereses favorece la cantidad de amigos: mientras más intereses, mayor facilidad para coincidir con un número mayor de personas y establecer lazos de amistad. La calidad de los intereses favorece la calidad de la amistad: mientras mayor sea la riqueza de esos intereses, mejores amigos se podrán hacer. No es lo mismo, por ejemplo, coincidir con alguien exclusivamente en el interés por un deporte, que compartir además el interés por la cultura, los problemas humanos o las cuestiones religiosas. Y como la posibilidad de ampliar el ámbito y el contenido de nuestros intereses depende de nosotros mismos, se puede decir que en nuestras manos está la posibilidad de incrementar la capacidad personal para hacer amigos.

Para concluir este apartado, preguntémosnos si basta con los elementos analizados hasta aquí —la afinidad afectiva, la comprensión y los intereses comunes— para que la amistad exista en sentido completo. Se ha visto que, cuando esas condiciones se dan en la relación, no solo se experimenta la inclinación a convivir, a estar juntos, sino que, además, la convivencia resulta mucho más amable y enriquecedora. La proximidad afectiva, la comprensión y los intereses comunes, ciertamente establecen una clara diferencia con lo que ocurría cuando los interesados se encontraban en el nivel del estricto compañerismo. Ahora la relación es más *personal*, por la comunicación de sentimientos que se ha alcanzado y por el conocimiento mutuo, a la vez que posee un *contenido* más rico, por los intereses comunes que han surgido. Por estos motivos, cabría hablar ya de amistad, aunque en rigor habrá que decir que nos encontramos en el *umbral* de la amistad, como se verá a continuación, al analizar el cuarto y último elemento de la relación amistosa.

[48] C. S. Lewis, *Los cuatro amores...*, p. 77.

[49] *Ibid.*, p. 78.

[50] *Ibid.*, p. 79.

[51] Agustín de Hipona, *Confesiones*, IV, 8, 13.

CAPÍTULO 5

EL INTERÉS POR EL AMIGO

Los elementos aparecidos hasta ahora, en el origen y proceso de la amistad entre dos o más personas, son el afecto recíproco, la comprensión y los intereses comunes. Según este análisis, la voluntad humana, con su acto propio que es el *querer*, ha intervenido especialmente en el tercero de los elementos mencionados: un objeto interesa cuando atrae a la voluntad y suscita el acto de querer. Por ejemplo, si alguien se interesa por los derechos humanos, decidirá estudiarlos porque quiere conocer su contenido, su fundamentación, su aplicación a los casos concretos, etc., y tal decisión es un acto volitivo. Del mismo modo, mi voluntad puede ser atraída, ya no por un objeto de interés común, sino por la persona misma con la que me relaciono, esto es, por el amigo. ¿En qué consiste este querer volitivo —distinto de la inclinación sensible o afectiva— que tiene por objeto a una persona humana? La respuesta a esta pregunta nos introduce en el cuarto elemento necesario para la amistad.

INTERVENCIÓN DE LA VOLUNTAD

El acto de querer, en su sentido más pleno, se llama amor y, según Aristóteles, *amar significa desear a otro todo lo que se considera bueno, pero no en beneficio de uno mismo, sino del otro*^[52]. Se trata de un deseo que habrá de traducirse en obras, es decir, en la decisión de poner todos los medios a mi alcance para ayudar al otro a superarse, a que alcance el máximo bien de que sea capaz. Por eso, Melendo recuerda que *el amor humano genuino se encuentra esencialmente constituido por un acto de voluntad, y que sin la intervención activa de esta en ningún sentido cabría hablar de amor de benevolencia o amor de amistad entre los hombres*^[53].

Este acto de voluntad implica una *elección* de la persona —del amigo—, de la que a su vez deriva el compromiso de buscar su bien real, objetivo, aunque esto exija tantas veces la renuncia a gustos o intereses personales. Es una elección que recae sobre *la persona* en su totalidad, a la que se quiere en y por sí misma, y no en función de algunas cualidades parciales. Quien dice ser amigo de alguien por el beneficio material o económico que se deriva de esa relación, evidentemente no ha entendido lo que es la amistad. Lo mismo habría que pensar de quien no estuviera dispuesto a aceptar al amigo como es, con sus defectos y cualidades, o no fuera capaz de ayudarlo a superarse.

Cuando la elección es auténtica, la persona del amigo queda situada en el centro de la relación, es decir, se convierte en el *contenido principal*, por encima de aquellos intereses comunes que hasta entonces venían ocupando el lugar fundamental. El salto es

trascendental por lo que implica de incremento en el carácter *personal* de la relación. ¡El amigo interesa más que aquellas cosas que venían ocupando nuestra atención, nuestro tiempo, nuestros esfuerzos, porque nos resultaban apasionantes! Ahora el interés por el amigo se extiende a todo lo que forma parte de su vida. Por eso, deseamos conocerlo mejor, penetrar en su interioridad, descubrir sus ideales, sus convicciones, para compenetrarnos de todo lo que le pertenece.

En un proceso natural y espontáneo hacia la amistad, el paso a la elección del amigo suele darse de manera casi inconsciente, porque es el término lógico de un camino ascendente y continuo, cuando los demás elementos lo favorecen. *Como regla general, podría afirmarse que cuantos más sean los factores comunes a dos personas, más fácil es que estas se ligen por nexos de amistad, de amor. Esos elementos, esos bienes compartidos, pueden ser de muy distinto género: desde afinidades de carácter hasta el hecho de ejercer una misma profesión, pertenecer a idéntica agrupación política, deportiva o religiosa, convivir en un mismo barrio, estar ligados por lazos de sangre, etcétera. Todo ello, como decíamos, se dibuja como un impulso previo, que, desde el punto de vista psicológico, provoca o al menos facilita el surgimiento del amor y la amistad*[54].

Pero no siempre ocurrirá así. Cabe, por ejemplo, que la elección del amigo se realice sin estar precedida de la afinidad afectiva, de la comprensión o de los intereses comunes, y que, como consecuencia de esa elección, aparezca posteriormente el elemento del que se carecía. Cuando tomamos la decisión de querer a una persona que no nos simpatiza, cambia nuestra disposición hacia ella, comenzamos a descubrir sus cualidades, la empezamos a valorar, y muchas veces el resultado final es que la antipatía original se transforma en simpatía. O si no la comprendíamos originalmente, el cambio de perspectiva y de disposiciones derivadas de esa decisión, hacen que la entendamos y la aceptemos sin especial dificultad. Otro tanto puede ocurrir con los intereses comunes, que comienzan a aflorar después de haber optado por la persona. Profundicemos un poco más en estas ideas, concretamente en la influencia de la elección de la persona sobre los intereses comunes y sobre la afinidad afectiva (no se incluye la influencia sobre la comprensión, porque ya quedó implícita al desarrollar el segundo elemento de la amistad).

INFLUENCIA DE LA ELECCIÓN DE LA PERSONA SOBRE LOS INTERESES COMUNES

Después de la elección de la persona, los intereses comunes ¿quedan realmente relegados a un lugar secundario, pierden importancia en la relación de amistad? La respuesta es no, porque el hecho de que esos intereses dejen de ser el contenido principal de la relación, para dar paso a la persona del amigo, no significa que desaparezcan, sino al contrario. Ahora interesan más, porque al interés que despertaban en sí mismos, se añade el hecho de interesar porque forman parte del amigo. El gusto por la pintura es mayor cuando forma parte de las aficiones del amigo. Se trata de un incremento cualitativo o intensivo.

Pero, además, el ámbito de intereses comunes aumentará también extensivamente, como consecuencia de la elección de la persona. En adelante, interesarán aquellas cosas del amigo que antes nos dejaban indiferentes, lo cual enriquecerá todavía más el contenido objetivo de la amistad. Por ejemplo, si al amigo antes la literatura lo dejaba indiferente, ahora le comienza a gustar porque el amigo le ha transmitido el interés por ella. La intervención de la voluntad que recae sobre el amigo resulta, por tanto, enriquecedora, por su influencia en los intereses comunes. Lo que ya interesaba interesa más, y lo que no interesaba comienza a interesar, con lo que el contenido de la amistad resulta notablemente favorecido.

INFLUENCIA DE LA ELECCIÓN DE LA PERSONA SOBRE LA AFINIDAD AFECTIVA

¿Y cómo afecta esa misma elección a la simpatía? Antes de contestar esta pregunta, conviene destacar la primacía de la intervención de la voluntad sobre la afinidad afectiva, sin que esto signifique reducir el valor de esta última, que ya ha sido destacado. Karol Wojtyla afirma que *el amor, en su conjunto, no se limita a la simpatía, como la vida interior de la persona no se reduce a la emoción ni al sentimiento, que no son más que algunos de sus componentes. Un elemento más profundo y con mucho el más esencial es la voluntad, llamada a modelar el amor en el hombre y entre los hombres. Y añade: En la amistad —a diferencia de la simpatía— la participación de la voluntad es decisiva*[\[55\]](#).

Con la elección de la persona, la relación adquiere un soporte más sólido que el proporcionado por la sola afectividad, por una razón muy clara: la voluntad es más consistente que los sentimientos, como vínculo de unidad, porque los actos que de ella derivan pueden gozar de mayor permanencia y estabilidad. Los sentimientos, en cambio, varían con facilidad, sufren alteraciones que muchas veces escapan al control personal, por lo que ofrecen pocas garantías de estabilidad a la relación, si solo está apoyada en ellos. Esto tal vez se vea con especial claridad en los matrimonios. Cuando una pareja se ha unido por razones puramente sentimentales, en el momento en que esos sentimientos cambian y adquieren tonos negativos como el enojo, la envidia, etc., la relación naufraga. Por el contrario, si la relación está apoyada en la decisión volitiva de buscar el bien de la otra persona, pase lo que pase, esas variaciones sentimentales se superan y el matrimonio sale adelante. Gustave Thibon lo explica con un ejemplo: *Cito muy a menudo una frase de Bismarck (...), al escribir a su joven esposa, ya que ella, tímida criatura, no le había acompañado en todas las vicisitudes de su brillante carrera. Ella había escrito: «Me olvidarás a mí que soy una provincianita, entre tus princesas y tus embajadoras». El respondió: «¿Olvidas que te he desposado para amarte?». Esta frase me parece definitiva. No simplemente «porque te amaba», sino «para amarte». Lo que significa echar el ancla en el porvenir. Separar una realidad eterna de las emociones fugaces de los sentidos y de la imaginación*[\[56\]](#).

Aunque no se comparta el fondo de la antropología de Erich Fromm, resulta oportuno

citar unas palabras tuyas que pueden parecer sorprendentes, por su coincidencia con el enfoque cristiano, y que expresan con acierto la idea que se está tratando de transmitir. *El amor debe ser esencialmente un acto de la voluntad, la decisión de dedicar toda nuestra vida a la de la otra persona. Eso es, sin duda, el razonamiento que sustenta la idea de la indisolubilidad del matrimonio (...). En la cultura occidental contemporánea, tal idea parece totalmente falsa. Supónese que el amor es el resultado de una reacción espontánea y emocional, de la súbita aparición de un sentimiento irresistible (...). Se pasa así por alto un importante factor del amor erótico, el de la voluntad. Amar a alguien no es meramente un sentimiento poderoso: es una decisión, es un juicio, es una promesa. Si el amor no fuera más que un sentimiento, no existirían bases para la promesa de amarse eternamente. Un sentimiento comienza y puede desaparecer. ¿Cómo puedo yo juzgar que durará eternamente, si mi acto no implica juicio y decisión?*[57].

Lo mismo ocurre en las relaciones entre amigos. Cuántas veces las amistades que parecían invulnerables han terminado por pequeñas diferencias que generaron reacciones emocionales que no se supieron superar. En realidad, no se trataba de auténticas amistades, porque les faltaba la consistencia de una voluntad capaz de mantener la relación, más allá de esas reacciones sentimentales. Cuando lo que se busca es el bien del amigo, hay olvido de sí y esas diferencias anímicas pierden importancia, se habla con claridad, se rectifica lo que sea necesario, se perdona o se pide perdón[58], y así la amistad queda incluso fortalecida. Todo esto gracias al predominio de la voluntad sobre los sentimientos.

Ahora podemos contestar a la pregunta que se planteaba líneas arriba, diciendo que la elección de la persona, además de fortalecer la relación de amistad, potencia la afinidad afectiva, la simpatía entre los amigos, por tres razones.

— Primero, porque la protege de su debilidad, al proporcionar estabilidad a la relación.

— Segundo, porque la opción incluye a la persona entera, con sus cualidades y con sus defectos, lo cual produce ordinariamente una inclinación emocional positiva a favor del amigo, y más amplia que la que surgía espontáneamente de la simpatía, la cual procedía de algunas cualidades y no de la totalidad de la persona. Lo mismo ocurre en quien se sabe objeto de esa elección. Más aún, cuando alguien no siente simpatía hacia una persona y de pronto descubre que esta se interesa sinceramente por ella, sus disposiciones afectivas pueden cambiar radicalmente. *Medítalo bien, y actúa en consecuencia: esas personas, a las que resultas antipático, dejarán de opinar así, cuando se den cuenta de que «de verdad» las quieres. De ti depende*[59].

— Tercero, porque garantiza la rectitud de los sentimientos, al buscar lo mejor para el amigo. Los sentimientos, cuando carecen de la dirección de la voluntad, fácilmente se hacen egocéntricos porque buscan autosatisfacerse. En cambio, cuando el amor de la voluntad es sólido, se busca el bien del otro en tanto que otro, y los sentimientos también se ponen al servicio de esta finalidad. Como decía Cicerón, a propósito de los malos momentos, se procura *hacer toda clase de esfuerzos para alegrar el espíritu postrado*

del amigo, y para inculcarle mejores esperanzas y sentimientos[60].

Todo esto puede abrir horizontes a quien desee ampliar el número de amigos, porque ha quedado claro que las posibilidades para la amistad no se reducen a los casos en los que existe, espontáneamente y desde el principio, simpatía con los demás. El punto de partida puede ser una decisión personal, es decir, elegir a quien deseo hacerme amigo. Otro tanto cabría advertir para quien desee profundizar en una amistad ya iniciada, o quiera mantener viva la amistad con el paso del tiempo, por ejemplo, entre los esposos, entre padres e hijos, etc.: la voluntad puede ser el motor que enriquezca continuamente el proceso.

RECIPROCIDAD Y NÚMERO DE AMIGOS

Ciertamente, para que haya amistad no basta con que alguien lo decida unilateralmente. Aunque ha estado implícito en todo lo que se ha venido diciendo, vale la pena destacar que la amistad, independientemente del proceso que siga, exige reciprocidad: *Es preciso también que el amor sea mutuo, pues el amigo es amigo para el amigo*[61]. Cuando falta la correspondencia, no existe la amistad. Como señala Carlos Llano, *sin la reciprocidad no puede hablarse de amistad en sentido estricto. La reciprocatio era un vocablo latino muy expresivo, metafórico diríamos, de las relaciones amistosas, las cuales se alimentan con un cierto ir y venir, dar y recibir, llevar y traer. Significaba literalmente el flujo y reflujo que hallamos en el mar; expresaba también el eco, que los latinos denominaban con el sugerente nombre, evocativo de la amistad, voces reciprocae, la reciprocidad de las voces*[62].

Por eso, un síntoma inequívoco de auténtica amistad es que los amigos mejoran y se superan continuamente, por la ayuda que se proporcionan entre sí. Cada uno ofrece al otro lo mejor de sí mismo, lo que más pueda favorecerle. Y hay que tener en cuenta que *el intento de hacer mejor al amigo ha de adoptar a veces la forma de corrección. Debemos aprender a corregir si deseamos ser mejores amigos y tener amigos mejores. Sería lástima que por escurrir el bulto al hecho de corregir a alguien fuéramos buenos amigos de amigos que no son buenos y nos conformásemos con ello, de manera que nuestra buena amistad se convirtiera en una falacia*[63].

Finalmente, resulta oportuno advertir que, si bien la amistad se fundamenta en un acto de elección, que es selectivo, no debe ser exclusivista. Mientras más amigos se tengan —dentro de los límites que impone la propia situación en la vida—, mayores serán el enriquecimiento personal y las posibilidades de favorecer a los demás. Sería un error considerar lo contrario, porque entonces habría que concluir que la amistad ideal se daría cuando solo intervinieran dos personas. *El dos, lejos de ser el número requerido para la amistad, ni siquiera es el mejor. Lamb dice que si de tres amigos (A, B y C) A muriera, B perdería entonces no solo a A sino «la parte de A que hay en C», y C pierde no solo a A sino también «la parte de A que hay en B». En cada uno de mis amigos hay algo que solo otro amigo puede mostrar plenamente. Por mí mismo no soy lo bastante completo*

como para poner en actividad al hombre total, necesito otras luces, además de las mías, para mostrar todas sus facetas. Ahora que Carlos ha muerto, nunca volveré a ver la reacción de Ronaldo ante una broma típica de Carlos. Lejos de tener más de Ronaldo al tenerle solo «para mí» ahora que Carlos ha muerto, tengo menos de él[64].

Vázquez de Prada responde con una metáfora sugerente a la cuestión sobre el número de amigos. *Sabido es que el corazón tiene sus fibras musculares y que se mueve por un ritmo alterno de sístole y diástole, es decir, de compresión y expansión. Ese motor regula la velocidad y caudal de circulación sanguínea. Una apertura continuada de sus esclusas congelaría la corriente. Una cerrazón sostenida paralizaría la comunicación y comercio de la sangre. Pues así el corazón en la amistad. Un número prudente de amigos conserva a nuestra persona en movimiento y la enriquece. Demasiados, la desangran. Y si son escasos, la estancan. Hay quienes por naturaleza tienen mayor capacidad de retención de amistades, pero a todos nos cabe agrandar paulatinamente el volumen cardiaco*[65].

EL MAYOR BIEN PARA EL AMIGO

Si es propio de la amistad querer lo mejor para el amigo, será importante preguntarse cuál es el mayor bien que cabe dar a quien deseamos lo óptimo. Cabría contestar que dependerá en cada caso del destinatario, pues las circunstancias y las necesidades de cada persona son diferentes. También cabría advertir que dependerá de lo que pueda realmente ofrecer quien pretende hacer el bien, ya que nadie da lo que no tiene o, en términos positivos, cada uno da lo que su capacidad le permite, según los valores que posea.

Sin embargo, a la vez cabe afirmar, desde una perspectiva de fe, que el mayor bien que una persona objetivamente puede tener es Dios mismo, cuya presencia en su vida es la fuente principal de su felicidad actual y futura. Y en cuanto al destinatario, al amigo, tanto si cree en Dios como si lo ha puesto entre paréntesis, el mayor bien que se le podrá hacer, en congruencia con esta perspectiva, será ayudarlo a que incremente o descubra aquella presencia de Dios que también a él lo hará feliz. No deja de ser significativo que Jesús haya explicado por qué llamó *amigos* a sus discípulos: *los he llamado amigos, porque les he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre*[66].

Ciertamente puede ocurrir que quien pretende acercarse a una persona a Dios, no lo consiga porque falte la disposición para recibir esa ayuda y el intento se interprete como intromisión en la vida privada. Sin embargo, esto no suele suceder cuando hay verdadera amistad, por todo lo dicho anteriormente sobre las relaciones entre los amigos. En el peor de los casos, el destinatario no aceptará lo que el amigo le ofrece, pero quedará abierto a la posibilidad de aceptarlo en el futuro. Mientras que, si lo acepta, habrá ganado lo más importante, gracias precisamente a la amistad con quien se lo ofreció. Por eso se entiende la conclusión de san Josemaría: *La amistad es un tesoro, que hemos de estimar en su gran valor humano y aprovechar también como medio para llevar almas a*

Dios[67].

RECAPITULACIÓN

Resulta oportuno destacar, finalmente, la interdependencia que los cuatro elementos de la amistad guardan entre sí: la afinidad afectiva, la comprensión, los intereses comunes y la elección de la persona. Ninguno de ellos es suficiente para que se dé la amistad y, a la vez, cada uno acaba siendo indispensable, aunque con diverso grado de importancia.

Veámoslo.

1, a) La simpatía sin la comprensión resulta inestable porque en el momento en que aparece un sentimiento contrapuesto en la relación, no suele haber capacidad para aceptarlo y encauzarlo.

1, b) La afinidad afectiva sin intereses comunes deriva en una relación vacía de contenido que, o desaparece, o se deforma.

1, c) La afinidad subjetiva sin la elección de la voluntad puede ser inestable, parcial y acabar en el egoísmo.

2, a) La comprensión sin la afinidad afectiva será siempre incompleta, ya que carecerá de empatía.

2, b) La comprensión sin intereses comunes puede darse pero a nivel superficial, pues falta la materia para entender con profundidad al otro.

2, c) La comprensión sin la elección de la persona es insuficiente porque carece de la generosidad requerida para ponerse en el lugar del otro y así comprenderlo.

3, a) Los intereses comunes sin la afinidad subjetiva resultan insuficientes para que la relación se convierta en amistad, porque no se accede al ámbito personal y la relación se mantiene en el nivel del compañerismo, donde simplemente se comparte una actividad en común.

3, b) Los intereses comunes sin la comprensión entre las personas pueden polarizar la relación en cuanto haya diferencias de pareceres.

3, c) Los intereses comunes sin la opción por la persona son insuficientes por ausencia del carácter personal, esencial a la amistad. Los intereses compartidos tendrán mayor importancia que el amigo en cuanto tal.

4, a) Si la opción por la persona carece de la afinidad afectiva, no logrará fluir. Sin embargo, esto puede ser superado de manera que, con el tiempo y como consecuencia del interés puesto en el otro, brote la simpatía y cuaje la amistad.

4, b) Si en la elección de la persona no se incluye la comprensión, no podrá haber identificación. Sin embargo, si la elección es consistente, acabará rompiendo la resistencia para comprender al otro, poniéndose en sus zapatos.

4, c) Si la elección de la persona carece de intereses comunes, la relación conducirá al

aburrimiento y se vendrá abajo. Cabe, sin embargo, que, como consecuencia de la elección, se vayan generando paulatinamente unos intereses comunes que inicialmente no existían, en cuyo caso la relación se irá tornando en amistad.

De todo esto se concluye que, siendo la simpatía, la comprensión y los intereses comunes indispensables para la amistad, el elemento más importante es el interés por el amigo, que exige una elección por parte de la voluntad. Esta elección potencia considerablemente a los otros elementos, proporcionándoles riqueza y consistencia, e incluso haciéndolos surgir cuando se carece de alguno de ellos.

[52] Aristóteles, *Retórica*, 2, 4, 80 b.

[53] Tomás Melendo, *Ocho lecciones sobre el amor humano...*, p. 81.

[54] *Ibid.*, p. 60.

[55] Karol Wojtyła, *Amor y Responsabilidad*, Madrid: Razón y fe, 12.ª ed., 1978, p. 75.

[56] Gustave Thibon, *Entre el amor y la muerte*, Madrid: Rialp, 1997, Trad. Montserrat Cervera, pp. 59-60.

[57] Erich Fromm, *El arte de amar*, Barcelona: Paidós Studio, 11.ª ed., 1990, Trad. Noemí Rosenblatt, pp. 60-61.

[58] Véase al respecto: Francisco Ugarte, *Del resentimiento al perdón*, Madrid, Rialp. 2004.

[59] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco...*, n.º 734.

[60] Cicerón, *De amicitia*, XVI (59).

[61] Tomás de Aquino, *S.Th.* II-II, q. 23, a.1.

[62] Carlos Llano, *La amistad en la empresa*, México: Fondo de Cultura Económica e IPADE, 2007, p. 91.

[63] Carlos Llano, *La amistad en la empresa...*, p. 224.

[64] C. S. Lewis, *Los cuatro amores...*, p. 73.

[65] Andrés Vázquez de Prada, *Estudio sobre la Amistad*, Madrid: Rialp, 2.ª ed., 1975, p. 163.

[66] *Jn*, 15, 15.

[67] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Carta*, 11-III-1940.

CONCLUSIÓN

Después de estos análisis, el gran *valor* de la amistad, como componente de la vida humana, ha quedado ratificado. Los hombres somos seres complementarios, no nos bastamos a nosotros mismos. Tenemos necesidad de los demás, para suplir nuestra insuficiencia existencial. Los amigos son el complemento natural para superar esas limitaciones. De ellos recibimos afecto, comprensión y ayuda. Con ellos compartimos lo que poseemos, en un proceso permanente de enriquecimiento recíproco. A ellos entregamos lo mejor de nosotros mismos, con el fin de que alcancen su plenitud.

Los amigos *simpatizan*, se comunican sus sentimientos. Sufren juntos, se alegran juntos. Se identifican fuertemente por el afecto que los une, y se apoyan entre sí de manera incondicional. Conviven con sumo agrado, unas veces cambiando impresiones en conversaciones apasionantes; otras, pasando ratos inolvidables, donde las palabras ni siquiera se echan en falta. Esta convivencia fluye con espontaneidad, por la identificación afectiva, por la sintonía emocional, que existe en la verdadera amistad.

Los amigos *se comprenden* porque se quieren. Cada uno conoce a sus amigos en profundidad. Entiende por qué reaccionan de una manera o de otra. Por qué adoptan ciertas actitudes en determinados momentos. Por qué enfocan de aquella forma los problemas que se les plantean. El amigo entra al interior de sus amigos para captarlos desde su misma interioridad, tanto emocional como intelectualmente, para sentir lo que sienten —empatía— y entender sus conceptos —sus *paradigmas*— con la visión particular que de ahí deriva. Para ello, sabe escuchar e inspirar confianza. También se da a conocer, comunica sus sentimientos y sus ideas, para que sus amigos lo comprendan y se establezca así la reciprocidad propia de toda auténtica amistad.

Los amigos tienen *intereses comunes*, que les sirven como vínculo de unión. Esos intereses poseen un cierto carácter de exclusividad, en cuanto que no son compartidos, de la misma manera, por los demás. Precisamente por eso, la relación entre los amigos se torna diferente: solo con ellos se puede hablar de ciertos temas, solo con ellos se pueden discutir determinadas ideas, solo con ellos se pueden intercambiar algunos puntos de vista, que a los demás dejarían indiferentes. En ese intercambio, los amigos se complementan y se enriquecen. También, al proyectarse cada uno en aquello que comparte con los demás, el conocimiento mutuo crece y favorece la amistad. Los verdaderos amigos llegan a tener abundantes intereses comunes, entre los que destacan algunos de mayor contenido y calidad, que enriquecen la relación.

Los amigos se quieren de verdad, se interesan entre sí, y cada uno desea el bien para el otro. Se aceptan como son, con sus cualidades y defectos. Se ayudan a superarse, a crecer como seres humanos. Su respuesta es incondicional ante cualquier necesidad. El amigo se compromete a hacer todo lo que esté de su parte para conseguir que sus amigos

sean felices, que alcancen la plenitud a la que están llamados; en el terreno espiritual, si tiene fe, procura que sus amigos se encuentren y se unan con Dios, máximo bien que puede ofrecerles. La decisión de buscar el bien del amigo es total, absoluta, incondicional.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ARISTÓTELES: *Ética a Eudemo*.

—*Ética Nicomaquea*.

—*Retórica*.

BACON, FRANCIS: *Ensayos de moral y política*, libro XXVII *De la amistad* México: UNAM, Trad. Arcadio Roda Rivas, 1974.

Biblia: Eclesiástico.

—*Evangelio de san Juan*.

CABODEVILLA, J. M.: *El cielo en palabras terrenas*, Madrid: Paulinas, 1990.

CARDONA, CARLOS: *Metafísica del bien y del mal*, Pamplona: EUNSA, 1987.

CARREÑO, A. (ed.): *Lope de Vega: Los pastores de Belén, prosas y versos divinos*. Barcelona: PPU, 1996, Véase poema «Yo siempre dije».

CICERÓN, MARCO TULIO: *De Amicitia*.

COVEY, STEPHEN R.: *Los 7 hábitos de la gente eficaz*, México: Paidós, 1994, Trad. Jorge Piatigorsky.

DEMIR, MELIKSAH et al. «I matter to my friend, therefore I am happy: friendship, mattering, and happiness», *Journal of Happiness Studies*, n.º 6, vol. 12 (2011).

DIETRICH, MARLENE, *Memorias*: España: Ultramar, 1985.

ERASMO DE ROTTERDAM: *Adagiorum Collectanea*.

ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA: *Surco*, Madrid, Rialp, 1986.

—*Carta*, 11-III-1940.

ESOPO: *Fábulas*: Madrid: Gredos, 1978, Trad. P. Bádenas de la Peña.

ERICH FROMM: *El arte de amar*, Barcelona: Paidós Studio, 11.ª ed., 1990, Trad. Noemí Rosenblatt.

GOLEMAN, DANIEL: *Emotional intelligence*, New York: Bantam, 1997.

LEWIS, C. S.: *Los cuatro amores*, Madrid: Rialp, 13.ª ed., 2012, Trad. José Luis del Barco.

LLANO, CARLOS: *El Liderazgo Anamórfico*, México: nota técnica IPADE, 1994.

—*Humildad y liderazgo: ¿necesita el empresario ser humilde?* México: Ediciones Ruz, 2004.

—*La amistad en la empresa*, México: Fondo de Cultura Económica e IPADE, 2007.

LÓPEZ PADILLA, JUAN: *Amistad. Hacer amigos en la vida cotidiana*, México: Amateditorial, 2011.

MALO, ANTONIO: *Antropología de la afectividad*, Pamplona: EUNSA, 2004.

MALRAUX, ANDRÉ: *La Esperanza*. Chile: Ediciones Ercilla, 1938, Trad. Luis Alberto Sánchez .

MARINA, JOSÉ ANTONIO: *El laberinto sentimental*, Barcelona: Anagrama, 1997.

MELENDO, TOMÁS: *Ocho lecciones sobre el amor humano*, Madrid: Rialp, 2.ª ed., 1993.

MONTANELLI, INDRO: *Historia de los griegos*, Barcelona: Plaza y Janés, 1982, Trad. Domingo Pruna.

OCÁRIZ, FERNANDO: *Amar a Dios, amar a los hombres*, Madrid: Palabra, 1974, 3.ª ed.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *El Espectador*, vol. 2 de *Obras completas*. Revista de Occidente, 1946.

—*Estudios sobre el amor*, Revista de Occidente, Madrid: Alianza Editorial, 2.ª ed., 1981.

PAPA FRANCISCO: Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (noviembre 2013).

PLUTARCO: *Moralia, De amicorum multitudine*.

RAMÓN Y CAJAL: *Charlas de café: pensamientos, anécdotas y confidencias*. Madrid: Espasa-Calpe, 9.ª ed., 1966.

RIVAROL, ANTOINE DE: *Pensamientos y Rivarolianas*, Trad. de Luis Eduardo Rivera, Madrid: Editorial Periférica, 2006.

SALAS, FELIPE JACINTO: «La nube» en *Nuevas fábulas*. Barcelona: Librería de Juan y Antonio Bastinos.

AGUSTÍN DE HIPONA: *Confesiones*.

GREGORIO NACIANCENO: *Sermón 43, en alabanza de Basilio Magno*.

THIBON, GUSTAVE: *Entre el amor y la muerte*, Madrid: Rialp, 1997, Trad. Montserrat Cervera.

TIRSO DE MOLINA: «Celos con celos se curan», en *César y Carlos*. Acto I, escena I.

TOMÁS DE AQUINO: *In ethica Arist. ad Nicom. expositio*.

—*Summa Theologiae*.

—*Super Ev. S. Matth.*

UGARTE, FRANCISCO: *Del resentimiento al perdón*, Madrid, Rialp, 2004.

—*El camino de la felicidad*, Madrid, Rialp, 2010.

—*En busca de la realidad*, Madrid, Rialp, 2006.

VÁZQUEZ DE PRADA, ANDRÉS: *Estudio sobre la Amistad*, Madrid: Rialp, 2.^a ed., 1975.

VON HILDEBRAND, DIETRICH: *La afectividad cristiana*, Madrid: Fax, 1968, Trad. Martín Ezcurdía.

WILDE, OSCAR, *El alma del hombre bajo el socialismo*.

WOJTYLA, KAROL: *Amor y Responsabilidad*, Madrid: Razón y fe, 12.^a ed., 1978.



© 2014 *by* FRANCISCO UGARTE CORCUERA

© 2014, *by* EDICIONES RIALP, S.A.,

Alcalá, 290, 28027 Madrid

(www.rialp.com)

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4460-8

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Índice	4
Introducción	6
Capítulo 1. el valor de la amistad	8
LA amistad aumenta la alegría y mitiga las penas	9
La amistad evita la soledad	9
La amistad transforma los sentimientos negativos	10
La amistad protege y es apoyo en las dificultades	10
La amistad es desinteresada y acompaña hasta la muerte	11
La amistad favorece e incrementa la felicidad	11
La amistad conduce a la unión con Dios	12
Capítulo 2. Afinidad afectiva	14
Encuentro inicial	14
Compañerismo	14
Afinidad subjetiva y objetiva	15
Simpatía	15
Comunicación de sentimientos y convivencia	16
La fuerza del afecto	17
Debilidad de la afinidad subjetiva	17
Capítulo 3. Comprensión de los amigos	20
Ponerse en el lugar del otro	20
La empatía	21
Comprensión intelectual	21
El amor, fundamento de la comprensión	22
Escuchar para comprender	23
Inspirar confianza	23
Ser comprendido	24
Capítulo 4. Intereses comunes	26
Diversidad y complementariedad	27
Debilidad de la afinidad objetiva	27
Cantidad y calidad de los intereses	28
Capítulo 5. El interés por el amigo	30

Intervención de la voluntad	30
Influencia de la elección de la persona sobre los intereses comunes	31
Influencia de la elección de la persona sobre la afinidad afectiva	32
Reciprocidad y número de amigos	34
El mayor bien para el amigo	35
Recapitulación	36
Conclusión	38
Bibliografía citada	40
Créditos	42